

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

- Por un mes. 4 reales.
- Por tres id. 11 »
- Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

- Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
- Por seis id. 28 »
- Por un año. 50 »
- EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
- ULTRAMAR.—Un año. 6 pesés.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administracion y Redaccion, Huertas, 62, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Dícese con frecuencia de nosotros los españoles que somos indolentes por carácter y por naturaleza apáticos y perezosos. Dejando á cada cual que estime á su modo la exactitud de este aserto, que por ahora no trato de discutir, yo declaro que, perezosos ó no, los españoles, ó cuando menos sus representantes, han dado pruebas de ser precavidos y prudentes, y valga esta virtud para compensar el vicio que gratuitamente se nos atribuye: al cabo la prudencia es una gran virtud, y si no es precisamente la contraria á la pereza, segun el catecismo del padre Ripalda vale tanto como si lo fuera,—me parece.

Y que nuestros constituyentes han sido previsores hasta lo sumo, demuéstrole, entre muchos otros, el artículo 70 de la ley fundamental, ó llámese—si se quiere—Constitucion democrática, por decirlo así, del año de gracia de 1869: el mencionado artículo, que á la letra copio, dice:

«Art. 70. El rey dispone de la fuerza de mar y tierra (coma) declara la guerra y hace y ratifica la paz (coma) dando despues cuenta documentada á las Cortes (punto final).»

¿Qué tal? A ver si no están bien cogidos todos los cabos. El monarca tiene atribuciones para declarar la guerra, si señor, y eso está muy puesto en el orden y no podria ser de otra manera; pero tiene tambien la obligacion de dar cuenta á las Cortes, y no así como se quiera, sino *documentada*, pues harto se comprende que en asuntos de tal importancia es menester hilar muy delgado; y adviértase además que esa cuenta ha de darse *despues*, de suerte que si las Cortes no hallan de su gusto la guerra, pueden exigir la responsabilidad á... es decir, no, no pueden exigirla; porque el art. 67 de la Constitucion dice: «La persona del rey es inviolable (coma) y no está sujeta á responsabilidad (punto).» Pero, en fin, para el caso es lo mismo: siempre resulta que los diputados españoles han obrado con laudable y nunca bien ponderada prudencia: *quod erat demonstrandum*.

¡Ah! si los infelices franceses hubiesen tenido en su Código fundamental un artículo como el que antes he citado, otro gallo les cantara. Impasibles hubieran sabido la catástrofe de Metz; la rendicion de Strasburgo hubiera llegado á su noticia sin producir efecto; ni hubieran deplorado la capitulacion vergonzosa de Sedan, ni llorarían las desgracias causadas por el bombardeo de Paris, ni lamentarian hoy las consecuencias tristes de la sangrienta accion de Mans; ¿por qué habian de padecer por desgracias cuyo remedio estaba previsto? «El emperador ha declarado la guerra (dirian), es cierto; la ruina de nuestras más florecientes ciudades es un hecho; la muerte de nuestros hijos más vigorosos y más robustos irrogará perjuicios incalculables á la agricultura y á la industria; pero ¿qué importa todo eso? A bien que cuando de una manera ó de otra haya terminado la lucha, el emperador se verá en la necesidad de dar *cuenta documentada*

á las Cortes, y es claro como la luz que este precepto constitucional subsana con creces todos los males sufridos.»

Sospecho que los franceses no poseen este eficazísimo remedio, y caso de poseerlo, tengo motivos para temer que no sabrian aprovecharlo; esto hace que sienta y deploro con más intensidad su desgracia.

Tal es y tanta, que cuando con ellos nos comparamos, casi, casi tenemos que reconocer nuestra dicha, y eso que, francamente, pocos años han comenzado de tan mala manera como este; y si nuestros padres nos legaron por tradicion el recuerdo del año llamado *del hambre*, á nuestra vez legaremos á nuestros hijos la memoria del 1871, que, segun las trazas, habrá de titularse en la historia el año de las calamidades.

Temeria yo herir la susceptibilidad del lector discreto si creyese que ese calificativo necesitaba justificarse. A las constantes nieves, al frio intenso de los primeros dias del año, que tantas desgracias ha producido, hemos de añadir hoy las inundaciones de que han dado noticia circunstanciada los periódicos de estos últimos dias. Pueblos enteros inundados, numerosas desgracias personales, familias sumidas en la miseria, casas completamente destruidas, de todo esto vienen llenas las cartas que de aquellos puntos se reciben.

Y si aun no pareciese bastante, á la mano tenemos relaciones desgarradoras de lo ocurrido recientemente en el Escorial: un huracan furioso ha destruido parte del monasterio y ha causado en la poblacion daños incalculables.

Pero no son estas, con ser de tal magnitud, las mayores calamidades que los historiadores de mañana colocarán en este desdichado año. Hay en otro orden de cosas indicios vehementes de que se aproximan dias de prueba.

El gobierno parece empeñado en hacer nuestra felicidad, aun á pesar nuestro, y creo yo que, como hijos ingratos y descastados que siempre fuimos, acabaremos por no querer que se salga con la suya: únicamente por teson, porque somos así. Por el pronto las elecciones provinciales se han aplazado; las municipales tambien, y es cosa decidida que las de diputados á Cortes se harán por los ayuntamientos que hoy existen, que, como todos sabemos, son afectos al gobierno, y por ende amigos del pueblo, aunque me esté mal el decirlo.

La calamidad que yo preveo es, por consiguiente, una lucha electoral en que combatirán por una parte el gobierno en favor del país, y por otra el país en contra de sí mismo; porque las muchedumbres son ciegas é insensatas, y esta lucha inconcebible y loca no puede menos de producir perturbaciones ¡ay! que el gobierno á pesar de su celo no podrá evitar.

Harto hace para evitarlo: harto hace, si señor; que eso bien claro se está viendo; y es tal el patriotismo, y es tanta la abnegacion de los hombres que hoy nos dirigen, que se disputan encarnizadamente el derecho de intervenir en las elecciones; todo por nuestro bien, no olvidemos esto.

Graves, muy graves cuestiones han surgido en Gubernacion sobre si habia de ser Romero Robledo ó Romero Giron el que sacrificara su tranquilidad y su reposo al problema electoral.

Uno y otro se aprestaban con heróico desinterés á desempeñar el papel de víctimas: ¡hombres beneméritos!

Direcciones enteras han cambiado de domicilio; negociados varios han corrido de un rincon á otro del ministerio, y todo con ese solo fin, con ese propósito noble y elevado.

Acaso estas calamidades pasadas, y las que todavía están por venir, parecerán pocas á los espíritus aficionados á relatos lúgubres; para estos tengo ya reservadas algunas otras que no digo por no extenderme demasiado, y porque algo ha de quedar siempre á la inteligencia del lector.

Pero, vamos, que no faltan calamidades, ¿eh?

A. Sanchez Perez.

LA PRENSA.

No saben bien las gentes sencillas cuántos daños causa la prensa.

A ser esos daños bien conocidos, los trece millones de españoles que no saben leer ni escribir, como un solo hombre se levantarían á protestar contra esa abominable calamidad pública.

¡Dichosos vosotros los pacíficos habitantes de las rurales comarcas; dichosos vosotros que, indoctos, pero llenos de buen sentido, no buscáis más impresos que la bula, y la recibís en latin, para alejar más y más la tentacion de que os la lea el alojado!

¡En vano los gobiernos, paternales todos en España, la acosan, la rodean de trampas y lazos; en vano se le da caza en calles y en imprentas; la fiera se encoge, brinca, araña al saltar y burla á sus cazadores!

Vereis á la tierna niñez corrompida hacer gala de su infamia por los más públicos sitios de la corte; acaso os escandalice ese espectáculo y penseis con indecible estremecimiento en vuestras hijas; acaso poseidos de súbita zozobra penseis en vuestro hijo adolescente que una hora antes se separó de vuestro lado, y en medio de la penosa angustia sereis capaces de imaginar los mayores peligros sociales; peligros para la raza, para el decoro, para la virtud, para la moral... ¡ah insensatos! Sólo á vuestra turbacion, á vuestra ceguera de padres y de españoles achacamos tan extraviadas imaginaciones.

El gran peligro, el verdadero peligro está á vuestro lado; os sigue hace una hora y no le habeis visto.

¿Veis esa mujer que vocea en la próxima esquina? Pues esa derrama el veneno, esa propaga el maléfico virus, esa es agente de los más perniciosos enemigos de la sociedad, del orden, de la propiedad, de la familia... ¡Es una vendedora de periódicos!

En vano se desvela el magistrado; en vano es la previsora ley procura conjurar los peligros; en vano es toda la fuerza y todo el ingenio de los gobiernos: la

prensa lo perturba y lo mancilla y lo amenaza todo.

Los gobiernos moderados se desvivieron por libranos para siempre de tan funesta plaga; los de union liberal quisieron contribuir tambien á tan noble tarea; el de hoy no cede la palma á ninguno de los anteriores; pero la malignidad es fecunda como ella sola, y la prensa periódica es infatigable, y nunca se sacia su ódio á todo lo justo, lo bueno y lo bello, y en el delirio de su loca vanidad cree tener la fuerza de poderosos ejércitos y pretende imitarlos violando lo inviolable.

¿Visteis una timbirimba?

Nada más fácil: dad cuatro pasos y entrad.

¿Qué veis? Honrados padres de familia, buenos esposos, buenos hijos, dóciles ciudadanos que, huyendo de las vanas disputas políticas, pacíficamente se han reunido á pasar el rato entretenidos.

Contra esos declaman escandalosamente los que con sus falsas teorías y sus ataques á lo más sagrado, poseidos de impotente envidia, desfogan sus aviesas pasiones por medio de la prensa periódica.

Su malevolencia sólo es comparable con su hipocresía; porque so pretexto de atacar la prostitucion y el juego, atacan las más venerandas instituciones y pervierten el buen sentido de los incautos.

Esas tiernas jóvenes que dormitan en el tranquilo ceno, tienen sus papeles en regla: jamás han puesto en riesgo la vida de ningun ministerio; nunca tomaron parte ni como corporacion ni como particulares en intrigas contra los candidatos bien quisitos del poder; y esos demagogos pretenden ser de mejor condicion, cuando emplean todos sus conatos en desacreditar á los representantes legítimos de la sociedad.

Aun resuena con horror en los oídos de todas las personas honradas el grito que hace pocos dias lanzó un periódico, victoreando una institucion que la gran mayoría de los españoles enérgicamente rechaza.

La castidad política, lastimada en lo más vivo, contestó con un grito de espanto á tamaña blasfemia, y todo español sincero experimentó una sensacion de profunda repugnancia.

Comparad, padres de familia, el efecto que os produce la vista de esos coros de adultas que discretamente recorren las aceras de Madrid, con el indecible trastorno que en vuestro sér y en la sociedad entera introducen los horrores de que están llenos los periódicos de oposicion.

La sociedad no tiene más mortal enemigo; porque es el que perturba las digestiones de los ciudadanos pacíficos, promete libertades que enloquecen á los poco entendidos, excita las pasiones más innobles y generaliza costumbres impropias del hombre casero y morigerado.

La prensa es la que entristece los ánimos sacando á plaza con pertinacia criminal las cifras de nuestra deuda; la prensa desautoriza al digno funcionario que comete una leve falta; la prensa revela con no autorizada anticipacion pasajeras desavenencias entre los que rigen los destinos de la patria, y con la prensa no puede haber la apariencia de justicia que fué tan grato consuelo para los pueblos en tiempos más felices y tranquilos.

Rechazad la prensa, ¡oh padres prudentes! rechazadla, matronas guardadoras de la antigua entereza castellana; rechazad la prensa, anunciantes; cerrad las puertas á esa locura, á esa ponzoña, á esa lepra social.

Si la costumbre ó la necesidad de papel para envolver os inclina todavía á la prensa, por vuestro bien os recomendamos *El Trifauce*, periódico de la coalicion, con folletin, y telégramas de origen fidedigno.—Ocho reales al mes y asegurada su publicacion mientras dure el actual gobierno.

Roberto Robert.

LECCIONES DE URBANIDAD.

Yo no sé hasta qué punto me será lícito recomendar á Vds. la lectura frecuente del periódico *La Iberia*, como la más propia para refrescar en la memoria las nociones de buena educacion, que indudablemente habrán adquirido en los colegios de instruccion primaria estudiando, por ejemplo, aquellas máximas del baron de Andilla, profundas y trascendentales siempre, como la siguiente:

«Niña, en la iglesia la cabeza tapa; San Lino lo mandó, segundo Papa.»

Espero, sin embargo, que el lector no lo echará á mala parte si le digo que hay en el trato íntimo con las personas bien educadas manantiales más fecundos de enseñanza que en todos los libros conocidos, y en este concepto recomendaba yo al diario progresista *La Iberia* como modelo digno de ser imitado.

El domingo, por ejemplo, saboreé con verdadera delectacion un artículo que, llevando por epígrafe *La Farsa*, comenzaba de esta manera: «*Apenas disuelta la Asamblea Constituyente*,» y prescindiendo de la especie de asociacion, no muy respetuosa por cierto, que aparece aquí, entre la idea del título y el principio del artículo, declaró que el trabajo en cuestion es de lo más perfectamente elaborado que ha salido de fábricas progresistas.

La Farsa es—por difícil que parezca determinarlo hoy—la coalicion, hipotética ó real, de las oposiciones; coalicion que, á juicio del periódico mencionado, es absurda á todas luces. Bien conocen los escritores de *La Iberia* que la coalicion ha podido servir para alguna cosa, y lo conocen por experiencia; bien comprenden que algun sofista podría argüirles con argumentos de la misma *Iberia*; pero si ese caso llegase, no habian de faltarles recursos para rebatir victoriosamente á sus adversarios.

Cuando un gobierno—no es alusion—abusa de los eficaces medios que la centralizacion pone en sus manos; cuando se opone sistemática y violentamente á las aspiraciones del país; cuando emplea en provecho propio y con mengua del decoro nacional la fuerza de que dispone, justo es y necesario que las oposiciones se coaliguen para derribar á ese gobierno; pero esto, que ha podido producir resultados positivos y frutos sabrosos cuando los redactores de *La Iberia* tomaban parte en la coalicion, no sucede en este caso, porque no sucede, y basta que *La Iberia* lo diga. Cada cosa á su tiempo, y cuando España es una balsa de aceite, cuando nadamos en la abundancia, cuando se concede omnimoda libertad á la prensa, cuando sería peregrino el hallazgo de un español pobre, es verdaderamente criminal quien busque maneras de disminuir el prestigio de un gobierno al que tanta felicidad debemos.

Porque es lo que dice *La Iberia*: «*Estamos perfectamente constituidos*,» y estando perfectamente, ¿qué más queremos? ¿Qué más ambicionamos?

«El pueblo español, dice tambien *La Iberia*, va á *rectificar* ó á *ratificar* su opinion,» y en verdad que este aserto me parece grave, pues revela que, segun la opinion de *La Iberia*, el pueblo necesita *rectificar* ó *ratificar* su opinion, y aun revela más, revela que el diario progresista acepta la posibilidad de una *rectificacion*: esto me sumerge en un mar de confusiones; porque, señor, digo yo, si por un acaso las elecciones diesen un resultado desfavorable á los con-sabidos *ciento noventa y uno*, ¿qué mil demonios haríamos? Yo ya sé que no sucederá esto; pero, voy al decir, que si sucediera, el problema sería de difícil resolucion. Por eso hace muy bien el gobierno en tomar sus precauciones y en prepararse para ejercer su legítima influencia en los colegios electorales, que el asunto no es para tomarlo en broma.

Bien lo conoce *La Iberia* cuando dice:

«¿Qué pretenden nuestros adversarios? Ni ellos lo saben; nosotros sí, porque conocemos sus instintos.»

Esto es evidente; los adversarios de *La Iberia* no saben lo que quieren, pero *La Iberia*, que—á fuer de progresista las pilla al vuelo—lo sabe bien, porque conoce sus instintos.

Y ¿saben Vds. lo que quieren? Pues escuchen y tiemblen:

«Unos y otros desean la ruina de la patria; unos y otros aborrecen la libertad que hoy se disfruta.»

En lo que se refiere á la libertad que hoy se disfruta, es posible que muchos la aborrezcan, sí señor, y no creo yo que eso sea del todo censurable; pero desear la ruina de la patria, ¡vamos, eso no tiene perdon de Dios!

Por eso el diario progresista, en un arranque de santa indignacion, exclama:

«Van, pues, nuestros adversarios, todos unidos, á representar la *farsa* más indigna de cuantas han puesto en la escena política de muchos años á esta parte los intransigentes reaccionarios de todos los tiempos.»

Y aquí tienen Vds. comprobado lo que antes les decia acerca de la urbanidad.

Un diario más meticoloso, un diario de estos que tienen en algo las fórmulas corteses que la sociedad ha establecido entre personas decentes y bien nacidas, supondria en sus adversarios *buena fé, rectos deseos*, elevadas miras, si bien advirtiéndolo y procurando demostrar que su modo de ver era equivocado; pero, sí, sí, vaya Vd. con delicadezas y con filigranas á esos federales, que así entienden de cultura y de buenas formas como Sagasta de derechos individuales; nada, nada, la buena educacion tiene sus límites, y cuando con gente de poco más ó menos se trata, no hay para qué andarse por las ramas.

¿Pensais como *La Iberia*? ¿Sí ó no?

¿No? Pues sois unos canallas, unos indignos, unos farsantes, y quereis la ruina de la patria; porque si no fuérais aquello y si no pretendierais esto, opinaríais como nosotros.

Digo, me parece que el argumento no tiene vuelta de hoja.

«Pero, señor, podrá decir alguno, mire Vd. que entre esos que defienden la república, por ejemplo, hay algunos cuyos intereses particulares nada ganan con defenderla; observe Vd. que hay entre los escritores republicanos más de uno y más de dos que podrian ocupar hoy posiciones parecidas á las ocupadas por algunos íntimos amigos de *La Iberia*, y han preferido la vida azarosa é insegura del periodista á la cómoda y regalada del empleado público; y siendo esto así, ¿por qué ha de suponerse en ellos malas intenciones?» Todo será en vano; *La Iberia*, que tales pruebas ha dado en estos dos años últimos de desinterés y de abnegacion, continuará llamando *indignos*, y *farsantes*, y malos patriotas á sus adversarios.

Y es lo que debe hacer; porque ¡qué demonio! si todos hablásemos de la misma manera, ¿en qué se distinguirían de las otras las personas bien educadas?

Por eso.

LA DEMAGOGIA.

La sociedad se disuelve; las virtudes se relajan; los corazones se corrompen; el carácter de nuestra nacionalidad se borra, y no hay que preguntar quién tiene la culpa, porque sabido es de todos que las ideas modernas lo han echado á perder todo, y el término de las ideas modernas, su última expresion es la demagogia.

Así está España.

En otro tiempo, ¡oh tiempo lamentado! cuando no habia libertad de imprenta, nuestros famosos teólogos daban al mundo asombrosos infólios llenos de sana doctrina y profunda erudicion, por lo cual éramos admirados y respetados en el mundo sábio.

Hoy tenemos aulas de teología; tenemos la imprenta más barata; la inmensa mayoría del pueblo español conserva viva en su pecho la llama de la fé antigua; pero ¿dónde están los doctores? ¿Por qué no hacen como los novelistas y los periodistas y los químicos, que no dan punto de reposo á las prensas?

Porque la demagogia se lo impide; los tiene paralizados de horror, y perturba de tal modo á la sociedad en general, que nos priva de los más bellos frutos del entendimiento humano.

Lo mismo que con los teólogos sucede con los to-reros.

En otro tiempo, la gala del picador era sacar á salvo de la lidia el gallardo cuadrúpedo que le sustentaba. La pica de junio no era nunca igual á la pica de agosto; los picadores, hasta cierto punto jurisprudentes, atendian á los tiempos para concordar las cosas.

Hoy lo mejor de la fiesta consiste en la brutal y premeditada matanza de caballos, y habrá corrida en que no se logre rematar con arreglo al arte una sola fiera; pero no por eso habrán dejado de ensangrentar la arena veinte ó veinticinco jamelgos.

¿Será necesario decir la causa?... ¡Pero no! ¿Quién no verá la influencia de la demagogia en esa grosería introducida en el arte tauromáquico?

En otro tiempo era bello ideal la Arcadia. Los afectos tiernos y sencillos encontraban la expresion más feliz en lo pastoril.

Llenos están todavía los países de abanico de aquellas zagalas de largas trenzas relucientes de pomada, á quienes obsequia su correspondiente pastorcito con los acordes sonoros del caramillo.

Otras veces, el sentimiento y el decoro bien her-



Botago

*Esto es miseria. Señor
No podemos pensar
Porque entre los tres,
Cuatro o cinco cuenteros*

Muestra de los maestros de escuela que iban a cobrar despues de la interinidad.

manados pintaban a la pastora sola y triste, sentada bajo un sauce y teniendo sobre las rodillas una simbólica jaula abierta y sin pájaro.

Ahora el realismo ha matado la bella alegoría. ¿Lo ideal es la Arcadia? No: es el Falansterio oliendo a guisos día y noche; la sala de cunas oliendo a chiquillo; la biblioteca oliendo a inspiraciones de demonio... efectos todos del espíritu demagógico que en la sociedad domina.

En otro tiempo sólo se concebía al sacerdote en su apartado retiro, orando, enseñando, alentando a los desgraciados, refrenando a los poderosos, bendiciendo a los humildes; hoy, leed los periódicos: la gente sólo los concibe trabuco en mano; las Audiencias les condenan a duros presidios... Es que la demagogia lo despoetiza todo, lo desesmalta todo, a todo presta bárbaras formas.

Ya la gallarda capa española, tan airosa cuando el viento remueve sus anchos pliegues, ha cedido el puesto a mil invenciones procedentes de países en que la impiedad tiene su sòlio; ya la receta del médico perdió para la familia del doliente el poético encanto de lo desconocido: la abreviatura y el idioma sábio y el signo, indescifrable a los profanos, desaparecieron, y con osada y balbuciente lengua pretende el pàrvulo escudriñar el significado de la antes casi Sagrada Escritura.

¿Quién no se asombra, quién no se espanta al aspecto amenazador que la sociedad actual presenta a los grandes intereses, a las venerandas costumbres y a las seculares instituciones?

Los padres de familia y los de la patria deben precaverse y velar continuamente; unirse, ponerse de acuerdo y combatir a todo trance a la demagogia.

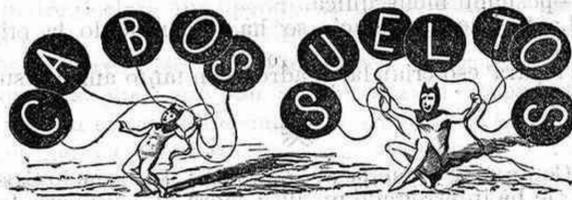
Todos los intereses sociales están comprometidos, y perecerán justamente castigados, si un grande esfuerzo no viene a poner de manifiesto que somos dignos

de continuar mereciendo los especiales favores con que la Providencia, siempre justa é imparcial, distinguió en otro tiempo a nuestra patria.

¡Oh, la demagogial...
¡Un carnicero acaba de poner a su hijo a estudiar Derecho!

Estos son los funestos efectos de la tendencia moderna, que nos precipita a todos los abismos.

Roberto Robert.



En el Consejo de ministros se habló el otro dia de reconciliarse con el clero.

Así sucede ordinariamente. El pecador más contumaz se acuerda en sus últimos momentos de Dios; y procura ponerse bien con él.

El director de *La Revolucion* ha sido destinado a Ibiza en situacion de reemplazo.

¿De quién se valdrán ahora los progresistas para combatir a Zabala?

Y prendieron al concejal Lopez Santiso, que es republicano.

No digo que le hayan preso por esto; pero es otro tanto adelantado si se ha de llevar a efecto el exterminio.

Los números del diario republicano *La Lucha* fueron arrebatados el viernes de manos de los vendedores. Y lo mismo sucedió dos noches con *La República Ibérica*.

No comprendo por qué se quiere perfeccionar la policía. ¿Qué bien coge los papeles! Y no ha de servir para gran cosa más.

Los ministeriales dan la noticia de que republicanos, carlistas y moderados estamos unidos.

¡Vaya una noticia! En efecto, unidos pagamos, y aislados cobran ellos.

Dice un periódico: «Los que han estado al frente del partido republicano federal, son, segun las más lógicas presunciones, moralmente responsables del asesinato del general Prim.»

Decimos nosotros: Del asesinato del general Prim son inmoralmente responsables, segun las más lógicas presunciones, los que han estado enfrente del partido republicano federal.

Ahora ya tiene datos la justicia: a la cárcel con todos.

¿Qué partidos clamaron contra los actos de bandolerismo anteriores al asesinato del desgraciado conde de Reus?

¿Qué partidos trataron de atenuar aquellos delitos? ¿A qué fracciones acusaba la voz pública de aquellos punibles actos?

¿Quién merecía ser residienciado por desidia, morosidad, ó escaso celo?

Me parece a mí que los federales. (¡Cómo ilustro a los jueces con esos toques!)

Ya se arreglan las diferencias que habian surgido con motivo del arreglo en el cuarto militar de Amadeo.

Ea, pues hasta otra.

Ha sido puesto en libertad el conocido republicano D. Romualdo Lafuente.

La suscripción que para favorecerle en la cárcel habían iniciado algunos correligionarios, se da por cerrada.

Y, á propósito, ¿puede saberse por qué ha sido preso?

¿Estaremos seguros alguna vez?



Aventuras clericales. El coadjutor de la iglesia de Gauza ha sido condenado á diez años de prision mayor.

—Y D. Salustiano Angel, cura de Azáqueta, á igual pena.

—Y á seis años de lo mismo D. Juan Antonio Echarria, cura beneficiado de Aldoin.

—Y D. José María Bengoa, párroco de Vergara, y D. Juan José de San Martín, cura de Isoria, á un año, ocho meses y quince días.

¡Y todo por querer salvar las almas, aunque el tribunal dice que por rebeldes y sediciosos contra la autoridad, que emana de Dios!

—El obispo de Málaga, según dicen, no ha permitido que se pronunciara oración fúnebre en las exequias dedicadas en Vélez-Málaga al general Prim.

—En algunos pueblos de la provincia de Tarragona han tenido que cerrarse las iglesias porque no producían lo suficiente.

¡Y luego dirán que la industria prospera!



Doña Isabel de Borbon vive tranquilamente en la república de Suiza.

Como allí no se mete con nadie, como no la dejan falsear la Constitución del Estado, como no sustentan á sus paniaguados á espensas del Tesoro público, pasa una vida felicísima.

¡Ah! No quiso ser buena reina y ahora tiene que ser buena huésped.

¡Si los reyes escarmentarán!... Pero ¡quía!



Ya ha habido otra pelotera por cuestiones de la servidumbre de palacio.

D. Nicolás Rivero.—Pero ¿esto es serio?

Gil Blas.—¡Ahí verá Vd.



Ha vuelto á considerarse grave la herida del señor Nandin.

Deseamos que se desvanezca todo temor sobre este punto, y que el restablecimiento del herido sea pronto y completo.



Las pensiones á que dé lugar la clasificación y declaración de derechos á los empleados pasivos de palacio, se satisfarán con cargo á la lista civil hasta que, reunidas las Cortes, el gobierno presente el proyecto de ley que debe arreglar definitivamente los derechos de estos pensionistas.

Bien; que se arregle eso, si se quiere; pero á ver si se arregla de modo que no lo paguemos dos veces.



El Pontífice turco ha enviado 20.000 francos al Pontífice Romano.

Pío IX ha recibido los dineros, los ha contado, y estando cabales, los ha recibido, porque eran ortodoxos.

El Pontífice turco tenía ya seguro un lugar en el cielo de Mahoma.

Ahora lo tiene ya en el de los cristianos.

Quiere decir que ha tomado dos asientos de Páris.



Periódicos monárquicos llaman grosero y demagogo al príncipe Napoleón.

El príncipe Napoleón llama bestia á la ex-emperatriz Eugenia.

Esta llama yegua percherona á una menestrala cuyo retrato encuentra en una Exposición de pinturas.

Los clérigos llaman bandido al rey Víctor Manuel.

Pues señor, la buena crianza debe de estar en alguna parte.



Dicen que el alcalde de Jerez ha echado un bando en que promete entregar á los tribunales á los panaderos que se declaren en huelga.

Si esto es cierto, ¿cuántos metros cúbicos de necesidad cabrán dentro de un alcalde?

¡Espanta el imaginarlo!



El Sr. Olózaga y el Sr. Martos conferenciaron el viernes.

Me gustaría saber lo que uno á otro se dijeron.

—¡A mí lo que se callaron!

—¡A mí lo que se adivinaron!



El gobierno pidió prestadas al ayuntamiento de Cartagena unas banderas para solemnizar la entrada del príncipe Amadeo en aquella plaza.

El ayuntamiento, que pública y notoriamente era republicano, tuvo el decoro de no prestarlas.

El ayuntamiento fué suspendido y procesado.

Me parece que Bertoldino era muy listo.

Estoy seguro que habría procesado al ayuntamiento antes del hecho.



—Cásate conmigo, Tecla;

vivamos en uno, dos;

yo seré la monarquía

y tú serás la nación.

—Y ¿quién paga casa y mesa?...

—¿Quién ha de pagarlo? ¡Yo!

Y nodriza y peinadora,

y niñera y aguador.

—Pues andando.

—¿Juras?

—Juro.

—Alabado sea Dios.



—¿Qué tienes tú, maridito?

—Una mujer como un sol.

—Digo qué dinero tienes.

—No tengo un real de vellón.

—¿Cuánto ganas?

—Nada gano.

—Pues, muchacho, tu reloj,

tus sortijas, ¿quién los paga?

—¡Vaya una interrogación!

Los pago yo con tu dote.

—¡Mi dote! ¡Jesús, qué horror!

¡Yo no quiero, yo no quiero!

—¿Cómo que no quieres?

—¡No!

¡Yo acudiré á la justicia!

—¡Mujer, no seas atroz!

Los capítulos firmados

no han de ser una irrisión;

tú juraste, yo juré;

tú firmaste, firmé yo.

Yo soy quien cobra y quien gasta,

yo soy el dueño y señor,

porque aceptaste el convenio

de vivir en uno, dos,

siendo yo la monarquía

y siendo tú la nación.



El domingo último se ganó jubileo en San Martín, donde se celebró una función de grande interés borbónico.

El setenario de la Virgen del Destierro.



Decía un diario del viernes que Luis Rivera había tomado la Extrema-Unción.

No somos entendidos en la materia; pero lo que tomó nuestro amigo fueron dos cangrejos como dos cardenalitos.

Y que le sentaron bien.



¡Y decían que no hubo entusiasmo al venir á Madrid el príncipe Amadeo!

¿Cómo no, si resulta que se gastaron para el viaje cuatro millones de reales?

¡Digo! ¿Es posible gastar con tibieza una suma semejante?



Acabo de leer una dolorosa noticia en un diario de oposición monárquica.

La de que en Palacio se ha quebrantado la etiqueta.

¡Y para eso crían las madres con tanto amor á sus hijos!



¡Con que al redactor de *La Lucha*, D. Ignacio Sastre, le ha interrogado un juez sobre el asesinato del general Prim!

Comprendo su compromiso.

A mí también, siendo niño, me preguntaron una vez: ¿Quién es Dios?



Se anuncia que los progresistas van á salir mal parados de las elecciones.

¡Qué gusto será leer sus periódicos repitiendo aquello de: «Siempre nuestro partido fué víctima de su buena fe...!»

Ya me estoy suscribiendo.

Me deleita la literatura flébil.



Tristes nuevas vienen con harta frecuencia á hacernos arrugar el ceño, desvaneciendo nuestras sonrisas.

El sábado último falleció el Sr. D. Joaquín Miralles, ilustrado director de *El Eco del Progreso*.

Reciban su familia y sus compañeros de periódico la sincera expresión de nuestro sentimiento.



Días pasados salió en el Ateneo un caballero á demostrar la existencia de Dios, cosa que el Sr. Manterola suponía demostrada.

Ahora el Sr. Manterola sale demostrando la perpétua virginidad de María Santísima, asunto que por espacio de diez y nueve siglos no había pasado de misterio.

No se burlarán ya los neos de los progresos modernos;

Pues demostrar todo eso, ¿qué es sino modernísimo progreso?



¡Ay, adorada Laura! Cada noche, al dar las doce en el reloj vecino, oigo una voz que dice melancólica: «Ya ganó el rey sus cuatro mil duros.»



Cada día es mayor el número de mendigos que vaga por las calles de Madrid.

Esto es efecto de una liga formada por los enemigos del poder.

O es efecto de la predicación de ciertas doctrinas demagógicas.

O es efecto de que muchos republicanos ilusos se han desengañado.

Porque ello ha de ser efecto de algo.

Y ese algo es culpable.

El gobierno se devana los sesos buscando la causa de la miseria, como aquel que buscaba los anteojos y los tenía puestos.



—Pero, hombre, ¿y el anunciado programa del gobierno?

—¡Silencio! Está en sumario.



«Nuestra primera aspiración, dice *El Debate*, se dirige á procurar que la monarquía recientemente fundada adquiriera toda la robustez, todo el prestigio, toda la fuerza que sea necesaria para que el país desarrolle á su amparo su fuerza vital.»

¿La fuerza vital del país, ó la fuerza vital de la monarquía?

Lo uno me parece difícil.

Lo otro me parece peligroso.

De todas maneras, la aspiración es de padre y muy señor mío. El diablo sea sordo.



El Debate no será el único periódico nuevo. Anúnciase ya *La Constitución*, órgano de la democracia.

Esta «Constitución» no será la de 1869.

Digo, porque en este caso debería llamarse la Constitución violada.



La idea de la conciliación opositora parece detestable á *La Iberia*.

Pues mire Vd., algo bueno tendrá.

IMPORTANTÍSIMO DESCUBRIMIENTO.



Agua de Colonia con base de árnica, en competencia con todas las conocidas, nacionales ó extranjeras.—No hay ninguna que á su baratura reúna tantos grados (37), bondad admirable, y riqueza en principios aromáticos, higiénicos y terapéuticos como esta para los baños, fricciones, contusiones, el pañuelo, para lavarse, quitar el ardor, granos, pecas: á 10 rs. cuartillo, 4 y 6 rs. frasco y 20 rs. botella. Jardines, 3, y Tres Cruces, 1, principal, almacenes de Aceite de bellotas con sávia de coco, al precio de 6, 12 y 18 rs. frasco.—M. Lopez, fabricante instruido en Alemania, proveedor de varias casas de beneficencia.

UN JÓVEN, ARTISTA DE TALENTO

y poseedor de una gran fortuna, desea encontrar una joven bien educada, á la cual haría un buen partido, siempre que sus pies y manos sean notablemente pequeños y de una pureza de formas inmejorable.—Estas son condiciones esenciales.—Dirigirse para más pormenores á *Madame Alphée Oméigon*, poste restante, Bayonne (Francia).

INTERESANTÍSIMO

á los calvos, canos, alopéticos y herpéticos.



Accite de bellotas con sávia de coco equatorial, privilegiado.—Unidos estos dos invencibles poderes del reino vegetal, no tienen competidor para hacer salir el pelo en calvas recientes ó inveteradas, contener su caída, robustecer el enfermizo, desenredarlo, lustrarlo, conservar y dirigir una buena cabellera, limpiar la cabeza de caspa, despejar el cerebro, ocultar y precaver las canas. Esta cosmopolita invención está recomendada por médicos de ambos sistemas, y por más de 500 periódicos de todos los matices y países. Se sigue exportando con grande éxito para toda Europa, Asia, Africa América y Oceanía. Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, calle de las Tres Cruces, 1, principal, y en la de Jardines, 3 (vidrieras verdes), Madrid.—Exijase mi nombre en el vidrio, cápsula, prospecto y la rúbrica en la etiqueta, por haber falsificadores sin conciencia del secreto de fabricación, pero sí con atributos propios de los célebres niños de Ecija, y de otros muchos alumnos de los colegios de Ceuta, Peñon y Alhucemas.

El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el universo en general y de sus altezas en particular.

NOTA. Vendemos el inimitable y nutritivo *Café de bellotas* á 8 y 12 rs. caja de una libra.

MADRID: 1871.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.